

# Mordidavida♦

Marcus André Vieira

[mav@litura.com.br](mailto:mav@litura.com.br)

[www.litura.com.br](http://www.litura.com.br)

Cuando nos servimos, con Lacan, de parámetros generales para decidir sobre la conclusión de un análisis, cuando el número de horas de vuelo o la adquisición de esta o aquella capacidad no son más decisivos, ni incluso la desaparición de un síntoma específico... cómo saber que se terminó? Tuve la certeza de haber concluido, aunque solo podía decir “como” en una lengua extraña, de tan personal. Pero no podía no intentar transmitir lo que hubo. El cartel del pase, de la AMP y de nuestra Escuela, me escuchó y decidió que mis explicaciones tenían valor de transmisión, de que el modo en que pude narrar mi conclusión valía la apuesta de que por tres años yo continuara intentando transmitir a ustedes lo que sucedió. Por eso estoy aquí.

Imposible, claro, comprimir en el espacio de una palabra tantos momentos, sesiones, algunas memorables, otras aparentemente vacías, pero que siempre tenían valor.

Contando entonces con la buena voluntad de ustedes, me voy a limitar en este primer testimonio a un ángulo, el de la salida. Escogí un instante también, el de la interpretación de un sueño. Lo esencial no fue tanto el sueño, su relato o desciframiento, sino el nuevo destino dado a mi inconsciente, que continúa trabajando, pero ganó otro lugar en mi vida. No puedo, sin embargo, contar el sueño sin un poco del contexto, un poco de historia. Preciso intentar meterlos en mi jaula, si no, no se verá cómo se abrió la puerta.

## La clínica

---

♦ Publicado em Lacaniana, revista de psicoanálisis, año VIII, número 14, junio de 2013, Buenos Aires, EOL, pp. 83-94. Primer testimonio presentado en el marco del “X Congresso de membros da Escola Brasileira de Psicanálise– Investigações sobre o real, Porto de Galinhas, Brasil, 25 de abril de 2013, publicado en su lengua original en Opção Lacaniana, v. 65, São Paulo, 2013. Traducción Marina Recalde.

La separación de mis padres fue cuando yo tenía dos años y medio. Mi madre volvió a vivir con los padres de ella, en una ciudad relativamente pequeña donde mi abuela dirigía un negocio que involucraba a todos: tres clínicas psiquiátricas al viejo estilo “depósito manicomial”. Eran entre 400 y 500 en total. *Downs*, autistas, algunos muy graves, retraso mental, debilidad, esquizofrenia, psicopatía, todo junto y mezclado en condiciones precarias, viviendo básicamente de las capitaciones de los convenios con órganos públicos. Vivíamos, mi madre, mi hermano y mi hermana en frente a la mayor de las clínicas, en un barrio apartado. Las vacaciones eran una cosa rara, mi madre en esa época era la administradora principal de las clínicas en las cuales todos mis otros cuatro tíos y tías estaban de alguna manera involucrados. Los viernes a la tarde dejábamos la ciudad y nos íbamos para la otra clínica, rural, a una hora de distancia, en un amplio espacio verde donde los pacientes, solo hombres, criaban animales y cultivaban la tierra, y regresábamos los domingos. Allí también pasábamos casi todas las vacaciones. Mi infancia se dividió, así, entre la vida con mi hermano y hermana, en la ciudad y en la escuela, solitaria y de mucha, mucha lectura, y la vida en las clínicas, especialmente en esa clínica rural, donde todo sucedía, donde todos los primos se encontraban y se reunían para jugar con los hijos de los empleados y con los internos de esa clínica, adolescentes, adultos, y algunos ancianos.

Mi padre vivía en la gran ciudad y nos visitaba quincenalmente (de esas visitas hablaré más adelante). Había un tío médico, otro ingeniero y mi abuelo, más las mujeres administraban en un matriarcado absoluto. Impresiona, cuando lo recuerdo hoy, cómo esa orden matriarcal hacía creer que todo estaba bajo control. Todos los pacientes eran tomados como hijos de mi abuela, incluyendo premios y castigos. Lo que allí había de violencia y exceso era vivido por la familia en una denegación radical. La mayor prueba tal vez fuera el pabellón que estaba a diez metros de nuestra casa, en el predio. Era una gran casa de madera donde vivían cerca de treinta hombres, los más comprometidos. Desnudos todo el tiempo, algunos contenidos en sus camas. Vivíamos nuestros fines de semanas y vacaciones al lado, considerando que todo estaba en paz, incluso cuando se escuchaban gemidos. Y juro que no entendía cuando traía amigos de la ciudad para el fin de semana y ellos a veces llamaban a su mamá pidiéndole irse antes de tiempo.

Una agresión sufrida a los siete años deja marcas, especialmente por esa denegación ambiente. Un muchacho de veinte años, uno de mis amigos, “de la nada”, me toma del cuello y comienza a estrangularme. No hay nadie

cerca. Cuando estoy a punto de desvanecerme, me suelta y se va caminando. Nadie lo vio.

Recobro el aliento y no digo ni mu. No había qué pensar o decir, ni llorar o pelear, solo continuar como si nada hubiese sucedido.

Junto a esta sumisión silenciosa a la violencia, se definió paralelamente mi presencia en la comedia de los sexos en posición activa y viril. Desde temprano, la captura de mi goce por el matriarcado se localizó en la mirada de la madre y de las niñas del lugar (hijas de empleados y mis primas). Un apodo dado por mi tía y tomado rápidamente por la familia, escribió ese destino: *mosquito eléctrico*. Yo era un mosquito eléctrico, me agitaba, me hacía el payaso, hacía y sucedía, estaba en todos los lugares y en ninguno. Acompañado por la mirada de mi madre y de las otras, ágil, sonriente y además teniendo la experiencia de la carga pesada de la vida de la locura, aquel mosquito sería algún día un gran hombre, en el mundo, lejos de todo aquél peso trágico, redentor de la vida de mi madre sujeta a esa clínica. Por supuesto, no fue así.

## **La muerte y el mosquito**

Llegué a mi primer análisis a los veinticinco años, cumpliendo mi destino, en apariencia sin sufrimiento, simplemente (cosa extraña) quería ser analista.

Me había recibido de médico y había descubierto en París, sin habérmelo propuesto, tanto a Lacan como a una psiquiatría que distaba lo suficiente de la de mi clínica, como para que yo pudiera encontrarle el gusto, manteniendo en ese camino, obviamente, mi pareja con la locura y con los locos.

La analista fue, inclusive, elegida por su saber sobre la locura. Ya el encuentro con el psicoanálisis fue tal vez el de una primera alienación consentida a un discurso, yo que siempre había sido un rebelde medio sin causa y un médico incrédulo. No por azar esto se dio conjuntamente con otra alienación consentida, la de vivir con aquella que iría a ser mi mujer y que, siendo novia, me había seguido.

Pretendo hablar de ese tiempo en otro momento, hoy basta con señalar que mientras que mi matrimonio puede realizarse y recrearse algunas veces en la vida, aquél análisis (a pesar de ser importantísimo) fue incapaz de atravesar el modo de sostén viril que me daba identidad. Ella me dio algún aire respecto a la mirada materna, pero yo permanecía cómplice de esta,

confiado en el proyecto de futuro que me imponía, sin percibir que en el mismo movimiento estaba obligado a ir siempre más allá.

Hice el pase de entrada y me volví miembro de la AMP. Luego de ocho años en París, volvía a Brasil casado y ya padre. Ahora, sin embargo, el futuro estaba allí. Más allá de eso, con la crisis instaurada posteriormente en la EBP, me vi convocado a asumir un papel bien definido. La impresión de que mi analista demandaba una toma de posición a su lado, parecía materializar en la realidad la faz oculta del fantasma, lo que es siempre traumático y trae toda una incomodidad jamás experimentada en la transferencia. Dos períodos de análisis redundaron en intentos fracasados de retomar, pues esa incomodidad no pudo, por una u otra razón, ser interpretado.

Deportes, conductas peligrosas, un donjuanismo gratuito y una aventura amorosa kamikaze me ponían en riesgo sin que yo, inmerso en la angustia, pudiera hacerlo de otro modo. Una escena sintetiza ese impasse, impasse del fantasma que me había conducido hasta ese entonces:

Mi madre me convenció de asistir a su cirugía. Una histerectomía, pues existía la posibilidad de un tumor maligno de ovario. El tumor es extraído y llevado por el patólogo para examinar y, descartada la malignidad y sin saber que estaba frente al hijo de la paciente, describe el útero que tiene en sus manos y comenta (como si lo hiciera a un residente): Coloración compatible con la franja etaria, presencia de microinfartos benignos, probablemente por la cesárea, aquí está la cicatriz de la cesárea, mire...

Pero no había nadie para que mire, porque yo, que jamás lo había pasado mal en la medicina, ya me había desmayado al mirar el agujero por donde había venido la luz.

En este punto de impasse del fantasma comienzo mi segundo análisis, aquél que me trajo hasta aquí.

### **De los aplausos al *manteau***

El primer análisis durará siete años. El segundo, doce. Comenzó con la muerte en escena, pero en este lugar de punto ciego del fantasma, medio de afuera, de la agresión sin sentido, agujero negro, hueco de la cicatriz del útero.

La entrada se dio por la nominación, del analista, no de la muerte sino de mi deseo de muerte. Todo funcionaba siempre como un chiste que más adelante me serviría:

Un mosquito dice a su madre “chau, me estoy yendo a la ópera”; y la madre responde “qué lindo, buena ópera, pero cuidado con los aplausos, eh?”

La interpretación incluso antes de que yo tuviese ese chiste para traducirlo, develó el goce de coquetear con la ambigüedad de los aplausos más allá del placer de la música. En esa ópera del mosquito, ellas traían la muerte en el mismo punto de la admiración colectiva. Dar lugar a esas palmas en mi vida, de otro modo, sería mi travesía.

Tanto sucedió en aquella calle, en aquella sala de espera y en aquel diván! Voy a indicar dos momentos de viraje antes de pasar al sueño. Primero la urgencia.

Ese análisis resolvió la urgencia angustiada que siempre me acompañaba y que en aquella época era insoportable. Una de las formas de esa urgencia era el sentimiento de que estaba perdiéndome el tren de la historia. Siempre estaba persiguiendo un gran logro y el reconocimiento, temiendo realizar el célebre dicho freudiano: “ese muchacho tiene un gran futuro por detrás”. No era un brillo gratuito, pues la vía para llegar siempre había sido el trabajo. Frente a aquel Otro “todo o nada” de poder catastrófico del muchacho loco que me agredió y que el analista encarnaba muchas veces, era preciso buscar el saber para poner orden en lo aleatorio de la locura y trabajar sin parar como si agotándome, agotase también al peligro.

Un episodio marcó el fin de esa urgencia: soy el último paciente de la noche y es mi última sesión en un largo día de varias sesiones en las que esa posición paradójica estaba siendo tratada. Me quedo callado y escucho al analista resoplar, incluso roncar. Me sucede lo siguiente:

si él estuviera realmente durmiendo, nos vamos a quedar aquí por la eternidad, porque yo nunca voy a tener el coraje de girarme para ver si él está durmiendo realmente, o no.

Después de un silencio interminable, él se levanta y da por concluida la sesión. Voy hacia la calle diciendo, “finalmente, ¡libre!”. Descuelgo mi *manteau* (en francés en el original) del perchero, desciendo las escaleras,

camino un tramo por la calle oscura, pero cuando voy a buscar mi billetera en el bolsillo no la reconozco: ¡no es la mía!

Demoro un poco hasta que me doy cuenta: me había traído el *manteau* equivocado. Otro paciente, este sí el último, probablemente había llegado cuando yo estaba en la sesión. Vuelvo entonces a la puerta del edificio, pero a partir de cierta hora es necesario un código para abrir la puerta. Código que yo no tenía, por no haber estado allí nunca hasta tan tarde. Soy nuevamente sumergido en mi laberinto obsesivo particular. Imagino: y si ni hubiera ningún paciente? Y si el analista, ni bien yo salí, ya cerró el consultorio y se fue para la casa? Nuevamente la certeza de que voy a pasar allí la noche entera, en el frío, esperando para saber si salió o no, porque nunca iría a tener el coraje de irme. Estoy encerrado de vuelta, ahora del lado de afuera. Gracias a Dios, un morador del edificio llega con el código y consigo volver. Sí, era el *manteau* de otro analizante, que estaba en ese momento en sesión.

## **Miquito**

En esta desesperación cómica, viví una vez más la impotencia del saber. No existe código o palabra exacta que resuelva el impasse, por supuesto, pero fundamentalmente tuve la certeza: las puertas y ventanas eran secundarias.

Al final, encerrado dentro o fuera, yo estaba siempre en prisión. Fue lo que volvió posible percibir que el centro de todo, el corazón de la cosa, su punto de indecible no era ni una pared ni un punto ciego, ni un real más allá, sino algo que se presentaba en el deseo de aquél que roncaba detrás de mí. ¿Dormía? ¿No dormía? ¿Gozaba? ¿Con mi cara? ¿Me interpretaba?

A partir de allí el analista pareció insistir en las intervenciones que iban en ese sentido. Observé su teclear en la computadora, las toses, estornudos, movimientos e incluso el ruido de las hojas del diario. Mi análisis fue habitado a partir de allí y casi hasta el final, por ese tipo de intervención. Incluso después de que se me volviera evidente de que eran claramente a propósito, siempre me dejaban loco porque marcaban la insistencia de una presencia cuya intención se rehusaba a ser picada por el sentido. Provocaban lo que llamé “fuegos de artificio”, producción inmediata y abundante de teoría de mi parte, ideas que describían y disecaban lo que sentía, el momento del análisis, los “cómo” y los “porqué” de todo eso. Venían fácilmente, pero eran claramente incapaces de anticipar lo real de esa presencia y de neutralizarla como me gustaría por el saber.

Habiendo traído a un primer plano la presencia del Otro, tomarán relevo en esa época nuevos aspectos de su deseo de los cuales destaqué una escena: los hombres del pabellón próximo a nuestra casa en la clínica en el predio, salían en fila, tomados de la mano, para tomar un baño que consistía en manguerearlos en días de calor. La violencia aun estaba allí, pero el clima era todo lo contrario. Ellos se divertían e incluso, en vez de gemir, balbuceaban cosas sin sentido.

Justamente con estos balbuceos se presentó otro nombre para el mosquito.

Mi mejor amigo de los pacientes de la clínica, diez años mayor que yo, cada tanto evidenciaba sus segundas y terceras intenciones sexuales conmigo. Yo siempre conseguí decir que no y quedar afuera. Pero recordé también cómo gustaba de él y de cómo él me llamaba cariñosamente *miquito*.

Ese fue otro viraje esencial. Al escucharme diciendo ese nombre, tuve la certeza de que no habría otro que inscribiera algo más primario sobre mi goce. Él nombraba así la otra faz del mosquito eléctrico e incluía otra relación con la alteridad, presentándose menos como mirada a ser mantenida siempre a una buena distancia, que como voz que encanta y somete. El propio analista fue elegido no solo como alguien de un goce peligroso sino como alguien que sabía someterse. *Miquito* nombraba el goce de llegar cerca y correr el riesgo, no exactamente de muerte sino de un encuentro con el goce. Ese nombre generaba vergüenza, pero tenía gravedad, estabilidad y valor.

¿Entonces era eso? Si *mosquito* hablaba de mí como sujeto, distante ¿*miquito* hablaba de mí, allí, bajo el dominio de un deseo, objeto? ¿Fue entonces el pasaje de la mirada a la voz? Parece simple. Y lo es. Pero eso no quiere decir que fue fácil. Fue necesario ultrapasar la invencible voluntad de reducir este objeto *miquito*, objeto *a* en que se había vuelto el útero, a un resto y jugarlo fuera, con vergüenza, o de jugarme fuera de él, movimiento que a su tiempo tuvo que ser debidamente interpretado y casi físicamente interrumpido por el analista.

No fue fácil, pero hubiera sido imposible sin, en esta historia, involucrar a mi padre. Falta hablar de él antes de hablar del sueño.

## **La voz del padre**

Él venía a vernos cada dos semanas y pasaba el día con nosotros. Dentro del cosmos matriarcal era un débil. Había sido vencido por su deseo por otras mujeres, traicionando a mi madre repetidas veces, y así había decretado su fin.

Fuera de la novela familiar, mirando retrospectivamente aquellos años, queda claro que él se había puesto como misión agujerear aquel horizonte cerrado de las clínicas abriendo un espacio para transmitirnos como ejemplo la vida dura de la gran ciudad, muy especialmente de los tiempos pesados de dictadura que corrían.

Hablaba de revolución y de los que habían caído en la lucha, pero le importaba describir las terribles torturas que sufrían. El horror, así, parecía traer una maldad que perturbaba mi montaje personal, de un real de la locura sin intencionalidad, solo “todo o nada”. Por eso, yo terminaba siempre optando por la versión materna, del funcionario fracasado, y por eso nunca me había encontrado en serio con mi padre y con su propia violencia.

En esa época del análisis, mi padre pasó a presentarse de otra manera. Recordé cuántas veces, cuando era niño él gritaba conmigo y siempre para decir “¡pará de gritar! ¡pará de berrear en mi oído!”. Yo solo conseguía ver en eso que no soportaba el peso de la vida, o el vigor de mi exuberancia. El parecía ser solo el profesor que señalaba la violencia del mundo sin tener nada que ver con ella. Podía sentir ahora cuánto esa pedagogía, como toda pedagogía, vehiculizaba también una violencia, solo de él y de nadie más, y me podía liberar de la culpa por no haber podido ayudarlo o de la tristeza por no haber sido amado.

Para sintetizar el resultado de esa nueva mirada sobre mi padre, relato uno de sus efectos. Un día, en un bar, al escuchar una vez más cuán parecido era yo a su hermano menor, con quien él tuvo siempre un trato durísimo, fue posible (en vez de fingir ignorar eso) retrucarlo diciendo: si siempre decís que soy como el hermano con quien estuviste años sin hablar, no debes me estimar mucho. En vez del rechazo, en esa conversación él pudo hablarme de su ternura por aquel hermano, ternura que no sintió nunca por los otros hermanos.

Apostando a lo indecible del deseo del Otro, ganará un significativo inédito, *ternura*.

Fue preciso aprehender el modo muy peculiar de mi padre para incidir sobre los otros, pues sus rugidos, gritando “pará de gritar” hablaban de él y de su deseo y no solo de una reacción de incomodidad o rechazo. Su grito entonces no era ni un trueno, el estrangulamiento sin sentido, ni el gemido del pobre diablo. Pero de tan oculto, había ayudado a sostener por siglos mi gran ópera del *mosquito*, en la que el deseo del Otro era lo máximo en los aplausos. Descubrí que el útero no guardaba ningún secreto, pero el silencio



de la escena no siempre anunciaba la posibilidad de un trueno o cataclismo, pero esconder gemidos y balbuceos, a veces ternura.

## **El cuerpo y el sueño**

Todo eso era vivido en la transferencia intensamente, con menos narrativa, lo que incluía sensaciones corporales difíciles de aprehender. Sonidos e intervenciones del analista hacían latir rápido al corazón. Los fuegos artificiales brotaban siempre de allí. Para esa época, en una sesión, en el momento en que hablaba de la violencia de ese palpitar y lo asociaba con escenas de guerra, la interpretación del analista fue precisa: “su corazón es un tambor”.

Mi cuerpo, tomado por el fantasma, se vivía como el de un mosquito, liviano, dispuesto a volar en una lucha de picaduras y partidas. Ese cuerpo era el cuerpo del Otro y el tenía en un centro, el pecho. Pero se venía abriendo, en medio de todo eso, un espacio corporal sin lugar y formas claras, nada del Otro. Era allí que hacían eco las intervenciones sonoras del analista y que sentía su presencia, reaccionando a su voz de otra manera, bien distinta a la del tambor tocando un “vamos a la lucha”. Era un goce del cuerpo que no se encuentra en el cuerpo, de vida que no cabe en la vida y se manifestaba como voluntad de lanzarme hacia adentro y no hacia afuera, hacia el encuentro con un deseo a descubrir y no a anticipar.

La voz hasta entonces provocaba un acontecimiento en el cuerpo, el tambor; retomar mi relación con el *miquito* y con los balbuceos del Otro fueron llevándome a un acontecimiento de cuerpo. Mejor, el acontecimiento de *un Otro cuerpo*.

En ese tiempo, entre otras cosas, fui viviendo otra relación con la música, tan presente en mi historia. Pero lo más importante: descubrí una proximidad nueva con las mujeres para poder amarlas menos por su locura, como se ama al trueno, y más por el modo en que se las arreglaban con un real que las sobrepasaba

Para ese movimiento que instauraba todo eso en mi vida, nada fálico, femenino más allá del fantasma de la homosexualidad o la cobardía, fui encontrando nombres. Con mi mujer entramos en un nuevo matrimonio, el tercero o cuarto en el que yo podía divertirme con su tronar y también pedir ayuda.

¿Qué faltaba? Llegamos finalmente al sueño. Este se dio en el intervalo entre el período de análisis en que estaba, y aquél que sería el último. Lo relato:

Es de noche, llego a la pequeña calle donde está la casa materna. Frente a la puerta cerrada, en la penumbra, extendido en la vereda estrecha, hay un cuerpo. Está la duda: ¿es un hombre? Un cadáver o un muñeco de trapo como los de Judas de los antiguos sábados de Aleluya? Me aproximo. La puerta está cerrada, pero una pequeña ventanita de la puerta está abierta. La casa está a oscuras.

Cuando miro al muñeco, éste parece moverse, y algo me dice que podría ser mi padre. Estoy a lo largo de la calle, en el sentido contrario a los autos, y así puedo ver las luces cuando se aproximan. Como la calle es mínima, cada auto que nos cruza, pasa por encima del hombro de este hombre, que se asoma de la vereda, e intento tomarlo en mis brazos, y esto le provoca un dolor inmenso y un gemido lacerante.

No sé qué hacer, pues solo quiero huir, pero soy médico y no puedo no auxiliarlo. En ese momento de dolor, se escucha un barullo que proviene del otro lado de la calle, más adelante, en dirección al movimiento de los autos. Allí veo algunas personas alrededor de alguien, pero no consigo ver demasiado. Solo escucho. Sea quien fuese, está agitado y produciendo confusión y ruido. ¿Será un borracho o un mendigo?

No sé, pero soy tomado por la certeza de que es allí, del otro lado, donde está lo que importa. En ese momento, miro hacia el padre que tengo en mis manos, y ahora tengo la certeza de que es solo un muñeco, y el atropello pierde su carácter doloroso para volverse una farsa. Lo veo como a aquellas muñequitas que cuando se las aprietan dicen “mamá” o “te amo”. En este caso, diría: “ay!”

Había salido del último momento de análisis con tantas novedades y con la certeza de un goce deslocalizado. Ese sueño, especialmente la primera parte, me dejó perplejo y malhumorado. ¿Será posible? ¿Todo igual? La mirada, hoy en mi vida, sostenía muy secundariamente mi goce.

Yo me decía: quedará siempre una mirada en esa ventana, ya entendí. Pero ¿y a partir de ahí qué? ¿Culpa de vuelta? ¿Nuevamente ese sentimiento de querer huir teniendo que ser médico? Ya había encontrado eso en tantos otros sueños... El “todo o nada” aquí eran los autos, su pasaje en la calle era aleatorio, como en tantas otras figuraciones de lo real. No había ninguna novedad.

### **La risa de la *mordidavida***

Ese último período de análisis tuvo lugar durante un congreso. Fueron solo dos sesiones con intervalo de una semana. No hablé del sueño en la primera, pero retomé lo que había de nuevo en la relación con el Otro a

partir de una imagen proveniente de los recuerdos con mi padre. Y esa imagen permitió la interpretación del sueño en la segunda sesión.

Retomé una imagen que sintetizaba el aspecto paradójal de su deseo: él tenía casi cincuenta cachorros y su mano (*mão*) vivía mordida, por tener que pacificar las peleas entre ellos. Esa mano inscribía la mordida que autorizaba la violencia de la pacificación, de los gritos o de la tortura. Pero esa inscripción volvía patente no solo el deseo sádico de mi padre, sino que su causa era la mordida, pues sin ella nada era hecho. Había allí un “hacerse morder” de un circuito pulsional que me parecía también mío, con un “hacerse aplastar” como un mosquito.

Salgo de esa sesión escuchando *manomordida* (*mãomordida*) y al mismo tiempo *morsure*, en francés (que significa “mordida” pero también “mort sure”, “muerte segura”) y realizo entonces cómo la mano mordida interpreta el sueño. Basta decir, sobre aquel bullicio del otro lado de la calle, “allí hay un *mordido*”. No lo veo, no tiene cuerpo, pero está mordido.

Ese nombre tuvo el efecto de un rayo que atraviesa la noche. No es exactamente el “mordido” de los diccionarios, no es la mordida como castración, impotencia. Esa es la del auto pasando sobre el hombro del muñeco. El mordido no es el muñeco de la calle, no es un atropellado por la vida, como mis hermanos de la clínica, o el lado fracasado de mi padre. El es el lado agitado, animado, a veces injuriado de la vida, sin razón. Es la vida mordida, es la vida que solo es mordida, *solo hay* vida en esa mordidavida. Con esa condensación, la *mordidavida*, terminé por montar un modo de situar todo eso y un poco más, en un solo decir. Esa palabra dice, por ejemplo, cómo esa calle del sueño era también el espacio entre dos de dos lenguas: La muerte segura del francés y el amor del portugués en la “*a mordida*” (la mordida).

La vida dolorosa del muñeco a la que fuera reducido el par mosquitomiquito, del punto en que se sitúa la *mordidavida* del otro lado de la calle, se mostraba *fake*, risible. La vida del barullo tiene otro tono distinto al del atropellamiento. La mía fue la de esa calle, oscura, pero excitada por una agitación sin cuerpo, solo voz.

Como mosquito siempre había sido bueno para el *zoom*, para vistas panorámicas y sumergidas precisas, en la vida e incluso en mi clínica. Como *miquito* había aprendido a soportar la presencia del Otro, suficiente como para extraer o ganar de él un decir.

Ahora era la sensación de que a veces también se da en el blanco.

En la segunda sesión de ese último tiempo de análisis, al relatar mi interpretación del sueño, me vi solo. El analista no parecía muy interesado, pero no era eso sino la certeza de que o bien yo haría mía esa interpretación, o por ella me responsabilizaría para hacerla valer, o no habría nunca otro modo de tener certeza en la vida.

Eso solo fue posible porque, de hecho, ese goce en más, el goce de la *mordidavida* ya se había realizado en mi cuerpo. Era de allí de donde venía esa certeza. Responsabilizarme en soledad por este goce y consecuentemente por mi sueño a partir de ese punto de real, fue mi pasaje de analizante a analista. Analista no es un estado sino una función, no somos analistas “en la ducha”, somos siempre analistas para alguien. No pasé entonces a ser analista allí, porque ya había sido (y aun lo soy, de vez en cuando), de mi inconsciente. Así entiendo que fue mi pase. Volví a París luego de algunos meses. Las sesiones de este casi post análisis fueron cara a cara. Ordené un poco las ideas que acabo de exponer. La *mordidavida* no apaga el fantasma y el inconsciente, que continúa el trabajo a partir de la misma trama, solo la desplaza. Ella no es la castración a pesar de su matiz salvaje. Esa probablemente no me va a abandonar, pero eso poco importa frente a las novedades que posibilita. Por ejemplo, en uno de estos últimos encuentros, veo cómo el analista ríe, mostrando los dientes. Nunca había reparado en eso, solo me recordaba de su sonrisa pero no de su risa. Al comentar esta observación, él me ofrece lo que tomé como un último regalo, me recuerda la sonrisa del gato de Alicia, ya utilizado (creo) por Jacques Alain Miller, para indicar lo que resta del analista al final, pero que para mí tomaba un relevo único. Aquella sonrisa que ahora llevo conmigo, que esta ahora escrita en mí, siempre será para mí risa, llena de dientes, mordida, la búsqueda de un Otro con quien conversar.